

mudez de Espinoza era la del observado, sumido en la desdicha y la vergüenza. De repente, y sin que nadie pudiera decir a ciencia cierta quién lo inició, se pusieron a hablar de los estudios archimboldianos. Probablemente fue Norton, desde la cocina, la que mencionó el trabajo en común. Pritchard esperó a que ella volviera y luego, nuevamente su brazo extendido a lo largo del respaldo y sus dedos de araña sobre el hombro de la inglesa, dijo que la literatura alemana le parecía una estafa.

Norton se rió, como si alguien hubiera contado un chiste. Pelletier le preguntó qué conocía él, Pritchard, de la literatura alemana.

—En realidad, muy poco —dijo el joven.

—Pues entonces usted es un cretino —dijo Espinoza.

—O un ignorante, por lo menos —dijo Pelletier.

—En cualquier caso, un badulaque —dijo Espinoza.

Pritchard no entendió el significado de la palabra badulaque, que Espinoza pronunció en español. Tampoco Norton lo entendió y quiso saberlo.

—Badulaque —dijo Espinoza— es alguien inconsistente, también puede aplicarse esta palabra a los necios, pero hay necios consistentes, y badulaque se aplica sólo a los necios inconsistentes.

—¿Me está usted insultando? —quiso saber Pritchard.

—¿Se siente usted insultado? —dijo Espinoza, que empezó a sudar de forma copiosísima.

Pritchard bebió un sorbo de su zumo de naranja y dijo que sí, que en realidad se sentía insultado.

—Pues entonces tiene usted un problema, señor —dijo Espinoza.

—Típica reacción de un badulaque —añadió Pelletier.

Pritchard se levantó del sofá. Espinoza se levantó del sillón. Norton dijo ya basta, os estáis comportando como niños imbéciles. Pelletier se echó a reír. Pritchard se acercó a Espinoza y le golpeó el pecho con el dedo índice, que era casi tan largo como el dedo medio. Golpeó el pecho una, dos, tres, cuatro veces, mientras decía: